

AGUA TRÉMULA

Julio García Sánchez

Es el momento crítico; salir a la calle, de noche, con la mochila a la espalda. En otoño, cuando el sol ya se ha derretido entre nubes desdibujadas, lo que menos apetece es dejar la calidez del hogar para ir a sumergirse. Pero me animo pensando que cuanto más cuesta vencer la pereza, mayor es la satisfacción al volver a casa.

Cruzo las mismas calles, paso rápido, transeúntes anónimos y llego a las instalaciones.

Al llegar, las mismas rutinas para mutarme de paseante otoñal en mujer nadadora; carné en la entrada, acceso al vestuario femenino, ropa en las perchas, recogida del cabello en el gorro, tapones en los oídos y chanclas en los pies. Cojo las gafas de natación, la toalla y la llave de la taquilla y por el túnel accedo a la piscina. En la ducha, cuando sale tibia, tengo el primer contacto con el agua y gafas en mano me dirijo a mi calle preferida, esta vez, libre.

Siempre me impresiona el inicio, todo mi cuerpo inmerso en líquido, a una temperatura inferior a la que ahora me gustaría, pero que después agradeceré cuando transcurra el ejercicio y se incremente mi carga de trabajo. Me ajusto las gafas y me sumerjo suavemente para iniciar el recorrido.

Los primeros largos son redondos. Impulso de pies, el brazo derecho paralelo al cuerpo, introduzco la palma cerrada, deslizo el brazo mientras respiro con la boca semisumergida por mi lado izquierdo, plegando el otro brazo para deslizarlo a continuación. Agito los pies sueltos, indolentes a lo que hagan los brazos. La gruesa línea azul del fondo me advierte de que es momento de girar, vuelta, otro impulso de pies e inicio de un nuevo largo.

Mi cuerpo fluye en esta tímida corriente en contra, se desliza y avanza hasta que llega el final y la partida de otro largo, que no es más que una pequeña etapa de la distancia que he de recorrer, que salvo excepciones, siempre es la misma.

Siento mis brazos, mis piernas, el abdomen, la espalda, mi torso, la nuca... siento todo mi cuerpo en la acción de avanzar a un ritmo acompasado y constante.

La luz eléctrica del exterior ilumina las burbujas que formo y traza con el agua removida haces brillantes en distintas direcciones.

El sonido es monótono e informe. Un burbujeo tenue e irregular matizado por los tapones, del que apenas descuella el grito distorsionado de algún monitor dando instrucciones a su grupo de alumnos.

El olor no existe. No hay aromas, no hay matices, ni indicios. Ni tan siquiera noto lo único que realmente huelo, el cloro, una vez me ha insensibilizado el olfato.

Sola en mi cuerpo, mi única realidad y conexión con el mundo, que me acompaña desde el inicio y lo hará hasta el fin de mi vida. Gravito en este cuerpo que se desplaza fundido en una masa incolora.

Mis sentidos apenas me informan de lo que hay fuera de mí, ni olores, ni sonidos, ni gustos, sólo algunas imágenes difuminadas. Mientras los músculos, huesos y articulaciones hacen su trabajo automáticamente, mi mente se va enajenando de esta nave que surca la calle en solitario.

¿Dónde estás, que no te veo? Te imagino, veo tu rostro difuso que se proyecta en el blanco de paredes, que no sé si están en mi mente o en los lados de la piscina. ¿Qué puedo decirte, cuando te he soñado frente a mí, he interpuesto mis palmas entre tu rostro y el mío y en cada una de ellas han aparecido tus ojos, atravesando mis manos? Qué difícil es ser dueña de mis silencios, cuando esas palabras que no he dicho me podrían hacer esclava, pero también dueña de mi destino, un destino que elijo en el borde de un abismo invisible.

Deslizo el brazo izquierdo, los dedos bien juntos, mi mirada perdida sigue la gruesa línea azul, el brazo derecho se va plegando, suelto algo de aire por la boca medio abierta mientras los pies siguen tijereteando incansables.

La línea se acaba en la T, giro, media vuelta, impulso simultáneo de pies juntos y un largo más, uno menos para terminar.

EDUCACIÓN FÍSICA

FOMENTO A LA LECTURA

JORGE POZO

A veces el punto para iniciar una nueva vida y dejar otra, depende de un hálito. En un momento se crea una vida y se cierra otra. Vas por una senda, la que crees tu senda, la correcta y, súbitamente, en una bifurcación, la abandonas. Tu camino ya no volverá a ser el que traías, no hay vuelta atrás ni posibilidad de recorrer ambas sendas. Ni tan siquiera podrás saber cómo sería, cómo te hubiera ido por aquella senda si te hubieras mantenido en ella, tan solo cabría imaginarlo.

Llegar al ecuador del recorrido me infunde de ánimo para mantener el ritmo, ya sé que alcanzaré el objetivo que me había marcado. Un kilómetro recorrido y se inicia la cuenta atrás para completar el siguiente. La brazada ya no es tan redonda como al principio, el movimiento de los brazos algo más sinuoso, la respiración se marca más pero está llena de convicción, inspiro y expiro con fuerza sin disminuir la cadencia.

Tú tienes tu vida, yo tengo la mía. Recorremos sendas conocidas y confortables, sin aristas, solo cantos rodados. Sendas casi rectilíneas que se pierden en el horizonte, subiendo y bajando pequeñas lomas. Y sueño un camino imposible, lleno de colores inimaginables.

Mi cuello es el puente de mando de este cuerpo en movimiento, el que marca cuando respiro, qué brazo levanto, qué brazo sumo, cuando me debo contorsionar para iniciar un nuevo viraje.

Acaricio tu piel seca, secas mis manos, sobre sábanas secas. Entre estas cuatro paredes blancas está toda la dicha que se pueda desear. Mil olores de oriente, paisajes nunca vistos, maderas y tejidos desconocidos, acordes celestiales, todo puede esperar entre estas cuadro paredes blancas.

Ya inicio mis últimos diez largos. Acelero el ritmo de la brazada, los pies se reactivan y la respiración se dispara. Un buen final contribuye a hacer un buen tiempo.

Ni tú ni yo hemos dado ni siquiera el primer paso. No es cobardía, es miedo, miedo al sí, miedo al no.

Mientras me consumo por mi senda, porque la he soñado contigo, ni tan siquiera sé cómo vas por la tuya.

Hundo el brazo derecho, inspiro, brazo izquierdo, expiro, solo un largo más.

Entre estas paredes blancas, es la sequedad lo que da valor a unas gotas de sudor. Grito en silencio mi deseo, quiero tu desvarío, que mi sueño sea tu sueño, oler tu piel, que fecundes mi vientre infecundo.

Las últimas brazadas están llenas de coraje. Ochenta. Abandono la horizontalidad para estar erguida, respiro profundamente con lentitud y comienzo la rutina de los estiramientos. Brazos delante, detrás, cuello lateral, oblicuo, hacia abajo, pierna izquierda, pierna derecha, flexión de tronco a ambos lados...les dedico el tiempo que merecen mientras mis pulsaciones vuelven a la normalidad.

En la ducha del vestuario más agua, pero esta es diferente, caliente, superficial, espumosa. Me seco el cabello con brío pero no deja de estar húmedo. Recojo el material mojado, me visto y bien seca y abrigada salgo de las instalaciones con los repetidos hasta luego.

Con la oscuridad ya no veo bien los rostros que se me cruzan. Deseo llegar a casa para secar por completo mi cabello. Serpenteo las calles con paso firme, satisfecha por mi sesión de hoy y mi cuerpo, que soy yo, me lo agradece insuflándome entusiasmo.

Avanzo por mi calle hacia el portal, casi sin mirar al frente, pues todos los obstáculos me resultan familiares. De improviso, una brisa arremolina unas hojas y las lleva hacia una calle que sale de mi camino. Las hojas parecen brillar en un aleteo dorado por la luz de una farola cercana y giro con ellas la esquina.

Y estás tú. Frente a mí, sonriéndome, con mirada trémula. Mañana, cuando esté nadando, volveré a la realidad.